

cia á que los vientos divinos sean los que arrojen de mi país á los bárbaros? Ya yo comencé á arrojarlos con el filo de mi espada.»

La otra poesía es de una jóven y bella cortesana de Yokohama, llamada Ki-yé. Un americano se enamoró de ella, y no siendo correspondido á causa del odio que la jóven tenia á los extranjeros, ganó por medio del oro á la persona á cuyo cargo estaba Ki-yé. Esa persona, gefe de la *dgioró-ya* en que residia la cortesana, y á quien en consecuencia tenia ésta que obedecer, quiso imponer á la jóven su voluntad. Ki-yé resistió algun tiempo; pero al fin tuvo que sucumbir á aquella continua presión. Finjiendo entónces que cedia, se suicidó el mismo dia en que iba á ser entregada á su amante, abriéndose las venas yugulares, pues las mujeres se hieren en el cuello en vez de hacerlo en el vientre. El verso que compuso antes de su muerte dice así:

«Tsuyu-wo-dani itóo-Yamato-no ominaishi furu-América-ni sode-wa-nurá-sayi.»

El significado de esta estrofa es: «Yo, que soy una flor del Japon, que no permite ni que el rocío la humedezca, ¿cómo permitir que una lluvia abominable moje la orla de mi vestido? No, no lo quiero.»

No es fácil formarse idea cabal de este verso, sin saber que *ominatshi* significa *cortesana*, siendo á la vez el nombre de una flor, y que *ame* quiere decir *lluvia*. Así, pues, Ki-yé tomó en su significado japonés una parte de la palabra América, aludiendo á la patria de su amante.

En ambos trozos he procurado imitar con nuestras letras la pronunciaci6n de las palabras japonesas, segun las reglas establecidas en las notas de las páginas 103 y 114, añadiendo ahora que la *h* es siempre aspirada en principio de dición ó bien entre dos vocales, aunque con un sonido menos fuerte que el de la *j* española.

Seguiremos las mismas reglas para escribir los nombres japoneses que figuren en los dos capítulos siguientes, destinados á trazar algunos apuntes históricos del Japon. En ellos hemos tomado por guía, aunque solo para los hechos mas notables y sus respectivas fechas, la *History of Japan* de Mr. Francis Ottiwell Adams, cuyo último tomo se publicó á mediados de 1875. Como Mr. Adams fué secretario de la legacion inglesa en Tókió, ha podido consultar muchos documentos preciosos de la historia antigua, y ha presenciado muchos sucesos de la moderna, de suerte que su obra es probablemente la mejor y mas completa que

hasta hoy existe sobre el pasado y el presente de aquel Imperio. A pesar de la dificultad de hacer el extracto de una obra extensa en unas cuantas páginas, no hemos vacilado en procurarlo, esperando que será visto con agrado, y sobre todo, con indulgencia, por los lectores de nuestro libro.

XIV

Nociones sobre la historia del Japon.—Historia antigua.—La teo-dinastía.—El Mikado.—La nobleza y el poder militar.—Yoritomo.—El Taikun.—Dos gobiernos.—Los Ho-yó.—Los Ashi-Kaga.—Guerras civiles.—Siglo XVI.—El Cristianismo y el comercio.—Los Toku-Gawa.—Tres siglos de paz.—Estado social del Japon en el presente siglo.

El Japon, como casi todas las grandes nacionalidades de Oriente, conserva antiquísimas tradiciones en que están confundidas su cosmogonía, sus ideas religiosas y su historia. No es todavía posible para los pueblos de Occidente conocer con suficiente certidumbre, ni siquiera el período puramente histórico del «Imperio del Este ó Japon,» porque solo hasta estos últimos años han sido conocidos y traducidos algunos de los pocos documentos de la historia de este singular país; y es seguro que ni sus mismos sábios han podido ó podrán reconstruir la antigüedad histórica que pretenden y que se remonta, segun ellos, á ocho mil años antes de nuestra era.

Las nociones mas positivas, las fechas, los personajes, los acontecimientos, no suben mas allá del año 660 antes de Jesucristo, sin constituir, sin embargo, una historia completa y continuada del Japon. Por fortuna no es presumible que la historia antigua de este pueblo sea bastante fecunda en acontecimientos notables, ni que preste bastante interés para su movimiento actual ó para enlazarla con la historia de los demas pueblos de la tierra, á causa de dos hechos característicos y fisionó-

micos de su evolucion hasta mediados del presente siglo: su aislamiento y la lentitud secular de su progreso.

Segun los anales históricos á que los japoneses dan mayor crédito, el fundador de la actual dinastía reinante fué Dgin-mu-ten-no, que ocupó el trono el año 660 antes de la era cristiana. ¿De dónde provino este personaje que, único en la historia del mundo, fundó una dinastía que ha durado mas de 2500 años, en una sucesion no interrumpida de 123 emperadores? Aquí hallamos en la cosmogonia japonesa el siguiente origen divino de sus soberanos.

Al principio el cielo y la tierra estaban confundidos en el caos, en la materia que, en forma de un huevo, se agitaba en grandes oleages como el mar embravecido. En este movimiento, todo lo puro y trasparente se separó para formar el cielo, y lo demas se condensó produciendo la tierra. En medio de uno y otro elemento se formó un ser divino; fué el primer dios. Despues surjieron otros, hasta siete, tres de los cuales, teniendo compañeras del otro sexo, se reproducian por la contemplacion; entónces comienza la generacion de los dioses que reinaban millones de años. Al fin aparecen el dios Isanagui-no-Mikoto y la diosa Isanami-no-Mikoto, que se dignan dirigir sus miradas á la tierra, y amarse y reproducirse de un modo mas humano. Baján á una isla que ellos mismos hacen surgir del seno de las aguas, y se dirigen, el uno hácia la derecha y la otra hácia la izquierda. Despues, volviéndose á encontrar en el centro, la diosa, el espíritu femenino, toma la iniciativa: «¡Qué feliz soy,» dice, «en hallar un jóven tan hermoso!» El espíritu masculino se disgusta y replica: «Soy varon y debo hablar primero. ¿Por qué tú, que eres hembra, te atreves á comenzar?» y separándose se retiran en direcciones opuestas; pero al fin vuelven á encontrarse y el espíritu varon, dice con voz enamorada: «¡Qué feliz soy en hallar una hembra tan jóven y tan bella!» El arte de amar quedó así inventado.

Todo proviene entónces de esta union sexual, y se consuma la creacion terrestre; pero es necesario un ser para gobernar todo lo creado, é Isanami dá á luz una hija, que por ser demasiado hermosa, la envian sus padres al cielo; esta hija es la diosa sol. Nace la segunda hija, y aunque no tan hermosa, lo fué bastante para ser igualmente enviada á otra region; esta hija es la diosa luna. Nace el tercer hijo, que no pudiendo todavía á los tres años estar en pié ó caminar, es creado dios de los mares.

Nace el cuarto, el dios de las tempestades, quien por su carácter colérico y su espíritu intratable y destructor, alcanza la categoría de rey de los infiernos. Los dioses reproductores se retiran entónces á los cielos.

Pero la primera y mas hermosa hija de Isanami, la diosa sol, no llegó sin duda al cielo con la alhaja de su virginidad; su vientre habia dejado en la tierra una raza de semidioses, que hoy es una raza de hombres. Dgin-mu, el fundador de la dinastía imperial, fué el primer representante mortal de esta raza; hé aquí el origen divino de la casa régia mas antigua del mundo.

Esta teogonia japonesa y estos timbres celestes de sus soberanos, no son ni mas fantásticos ni mas arbitrarios que los que imaginaron los demas pueblos del globo. Tambien los hindous se explicaron la creacion, personificando las diversas fuerzas de la naturaleza, y dieron por origen á sus castas la cabeza, el brazo y el pié del dios. Tambien los egipcios crearon una gerarquía de dioses para atribuirles la formacion del universo, y Osiris era el antecesor de sus monarcas. Tambien los griegos hicieron mover el caos para formar el mundo, y remontar la genealogía de su selecta raza á repetidas historias de amores entre hombres y divinidades. Tambien el fundador de Roma fué hijo directo de un dios; y tambien en la creacion judáica el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, y la division y subdivision de éstas formaron el firmamento y la tierra, cuyo rey fué creado por la mano de su Dios, y á imágen y semejanza suya. La cosmogonia japonesa no podia llegar á otro resultado en la explicacion de un problema, que notoriamente no está al alcance de nuestros medios de investigacion.

Probablemente Dgin-mu fué el primer guerrero que culminó bastante en su nacion para ser considerado como el fundador de un Imperio, legando su nombre á la posteridad. Si este gefe vino del continente asiático como conquistador, ó si, natural del archipiélago, se sobrepuso por las armas á las demas tribus que lo poblaban, es cosa difícil de investigar, y que pierde su importancia ante el hecho mejor averiguado y mas interesante de que estableció su dominacion sobre la mayor parte de los pobladores de aquellas islas, fundando un Estado que tiene su historia propia continuada hasta los tiempos presentes. Parece fuera de duda que los habitantes del Japon participan de la raza china, de la mongola y de la malaya; y existen aun entre ellos restos regenerados de

antiguos pobladores. Esto reduce la historia antigua del Japon al mismo tipo de la historia antigua de todas las naciones de los cuatro grandes continentes: un pueblo primitivo cuya procedencia no se conserva ni en la mas remota tradicion, y que ha dado motivo á la idea de la autoctonía; inmigraciones sucesivas que se han ido superponiendo, ya mezclándose con las razas existentes ó ya abatiéndolas hasta su destruccion; dominio mas ó menos duradero de los recién llegados, para ceder despues el lugar á los nuevos; advenimiento final de una raza y de un estado de cosas bastante superiores y fuertes para mantener hasta el tiempo presente la identidad y la estabilidad de la nacion.

Los sucesores de Dgin-mu-ten-no se ocuparon en ensanchar los límites del Imperio y en alcanzar la unificacion nacional. En los primeros siglos la capital del Imperio cambió hasta treinta veces, lo cual representa, sin duda, el movimiento á la vez militar y político de conquista y dominacion del territorio. La historia de estos siglos está formada de la narracion de estas campañas locales, y de las medidas de clasificacion y organizacion de las provincias para consolidar la conquista. En el siglo segundo de nuestra era el Imperio está ya bastante fuerte, y Dgin-go-Kogó, la Emperatriz regente, se lanza á la conquista de Corea, que realiza, agregándola á sus dominios.

En el siglo siguiente comienzan á ser conocidos en al Japon los libros de Confucio, acontecimiento notable, porque hasta hoy la religion, la filosofía y la literatura chinas son para los japoneses lo que la religion, la filosofía y la literatura de Grecia y Roma han sido para el mundo occidental.

Durante el siglo VI llega al Japon la religion de Budha por conducto de los coreos, y no se aclimata sin que preceda una guerra religiosa. Este acontecimiento no es diferente de muchos de la historia europea.

En el siglo VII el Japon entra ya en relaciones regulares con China, á donde envía una embajada, y la administracion interior se perfecciona, organizándose las provincias y enviándoseles gobernadores. Un siglo despues la capital queda definitivamente establecida en Kioto, ciudad céntrica en la grande isla de Nipon, y destinada á conservar su categoría durante once siglos, pues solo hasta hace ocho años ha cedido su preeminencia á Yedo ó Tókió.

Durante todo este tiempo, y hasta llegar al siglo XII, la autoridad

del monarca era exclusiva y absoluta; gefe militar, político y religioso á la vez, todo provenia de él y todo le estaba sometido; su procedencia divina imprimia á su persona y á sus actos el carácter de sagrados; toda la propiedad territorial era suya, y él la cedia como gracia á sus vasallos; «el hijo del sol» era la ley, la voluntad, el sentimiento de la nacion. Llegó á ser invisible para sus súbditos, porque era un sacrilegio mirar á la divinidad; pronunciar su nombre propio era una profanacion, y solo se le designaba en fórmula ó alegoría: *Ten-no*, el celeste; *Dáiri*, el palacio imperial; *Mikado*, la honorable puerta. En una palabra, el religioso respeto al monarca y su origen divino, debian ser durante una larga serie de siglos, el principio fundamental de la política, de la fé, de la actividad y de la civilizacion japonesas.

Pero al derredor de este trono omnipotente debian formarse y se formaban la aristocracia civil y la aristocracia militar, la nobleza de palacio y la nobleza territorial. Una rodeaba al monarca, intrigaba y adquiria influencia sobre él; otra gobernaba las provincias, se revestia de la aureola de las armas y se apoderaba de la tierra y de la espada. (*) De esta manera se formaba el valladar entre el Mikado y la nacion, y las clases privilegiadas comenzaban á participar del poder para monopolizarlo mas tarde.

La primera familia noble que se alzó á bastante altura para tomar la direccion de los negocios del Estado, fué la familia Fuyiwara, de la casa imperial, y por consiguiente de origen semi-divino, que llegó á gobernar á la vez al soberano, á la nobleza y al pueblo. Mantenía su poder y su influencia dando de su seno las esposas del Mikado, repartiendo entre sus miembros todos los empleos y dignidades, y haciendo hereditario para ella el cargo de Regente del Imperio en todas las eventualidades.

Pero con la posesion prolongada del poder sobrevino la corrupcion y la decadencia. «La familia Fuyiwara,» dice Ray Sanyo, el historiador japonés, «solo se ocupaba en mejorar su situacion propia, y no tomaba ningun interes en el bienestar del Estado. A la hora del combate preferia permanecer en la Corte, aspirando la adulacion. ¿Es de sentirse que

(*) Ya en el siglo VII, y despues en el VIII, la nobleza aparece dividida, primero en 12 y mas tarde en 26 grados ú órdenes. El pueblo, á su vez, fué clasificado en soldados y paisanos.